

Escritos sobre el cuerpo

En torno a Figari, Carlos (2009): *Eróticas de la disidencia en América Latina. Brasil, siglos XVII al XX*, CICCUS-CLACSO, Buenos Aires, 285 páginas.

por Emmanuel Alejandro Theumer
Universidad Nacional del Litoral

“El carácter ‘generador’ no es un proceso exterior al sujeto sino que se da en sus propias prácticas. Los sujetos crean y recrean la prohibición y, metonímicamente, ensayan respuestas simbólicas a sus represiones fundantes. En este proceso la regulación (interpelación) está dada por un ideal (un fantasma de lo femenino, lo masculino, del homosexual) por la tendencia a alcanzar un centro que no existe. Los sentidos fluyen de centro a centro, en tanto las fijaciones o estabilizaciones (suturas) recrean fantasmas ideales, nunca susceptibles de ser alcanzados e imposibilitados de representar. Y si, en definitiva, nadie (hegemónico o no) puede representar lo real en sí, todo proceso de simbolización no pasa de estructuras performáticas fantasiosas” (Figari, 2009:246).

En *Eróticas de la disidencia en América Latina. Brasil, siglos XVII al XX*, Carlos Figari presenta un profundo trabajo de investigación producto de su tesis de doctorado en el Instituto Universitario de Pesquisas do Rio de Janeiro. Una buena forma de comenzar a reseñar esta producción escrita bien podría radicar en deconstruir el título escogido para dicha obra. Siguiendo esta propuesta, Figari acuña la categoría “eróticas de la disidencia” para hacer referencia a una multiplicidad de experiencias para con el género y la sexualidad que, entiende, son irreductibles a las categorías varón-mujer, así como también a las modernas acepciones de hetero y homosexualidad.

Para explicar esto el autor recupera a la olvidada M. Wittig que fue una de las principales feministas que comenzó a pensar la heterosexualidad como un principio normalizado presente en una amplia gama de categorías mentales. De ser esta aseveración certera, entonces es plausible abordar el exterior constitutivo que sirvió como sutura de aquellas prácticas reguladas que desde el presente se entenderían en términos de una heterosexualidad. Según sus propias palabras, es posible argüir lo erótico “entendido como todo aquello que en diferentes épocas se vincula al amor como pasión sensual y, desde la modernidad, también a la sexualidad como un campo específico de lo social y de la vida de cada sujeto, anudando incluso su identidad”, y a las prácticas que podrían categorizarse como disidentes:

“(aquellas) que alteran o se diferencian de las interpe-laciones normativas que regulan los contactos, usos y constitución de los cuerpos en diferentes épocas y que ya en el contexto de la modernidad se sitúan al margen del binarismo sexual” (pp. 16-17)

Ahora bien, pensar una historia de las “eróticas disidentes” en el territorio brasileiro no está exento de dificultades y es por ello que Figari recurre a una triangulación fontal, teórica y metodológica en donde la interdisci-

plinariedad se manifiesta tan necesaria como efectiva. Tal es así que en todo su trabajo se podrá apreciar la presencia de diversos aportes de la Semiótica, de la Filosofía, la Antropología, y en gran medida diversas ramas teóricas provenientes del posestructuralismo francés. La posibilidad de historizar la constitución de los sujetos sexuados, propone este trabajo, es imposible si no es estudiando las diferentes formaciones discursivas que han interpelado e intentado hacer inteligible, desde una auténtica escritura sobre el cuerpo –y a menudo desde la abyección– un conjunto de prácticas que siglos más tarde serán constitutivas de identidades. A efectos de realizar un relato histórico, el autor propone pensar dichos discursos como ratificantes de un campo temático –entendido este como una de las tantas formaciones discursivas que interpelan a los sujetos y que configuran lo que se percibe como “realidad”– que se nos presenta en términos del “patrón masculino-activo” que zanja desde la alteridad, su diferencia con otros patrones, tales como las mujeres, los hombres de color, los afeminados, entre otros.

Remontándose a los siglos XVII-XVIII, Figari indaga sobre cómo se inscriben ciertos discursos sobre los cuerpos. Es en este siglo cuando el Brasil colonial no está privado de sus regulaciones morales, destacándose el terror en torno a la sodomía, en tanto practica que abarcaba relaciones sexuales entre mujeres y entre hombres, la masturbación, el travestismo, entre otras. Teniendo a la Iglesia como principal manipuladora en torno a la “verdad” del sexo y el deseo posible (algo rastreable a través de diferentes libros y sermones) la formación discursiva sobre la disidencia erótica en realidad más que prescriptiva y silenciadora operaba de manera pedagógica y

reflexiva. Precisa también los posibles espacios en los cuales mediante recovecos o “disfraces” podían ser llevadas a cabo estas “subversiones”. Y en esto cobra importancia las casas-grandes, los conventos, las calles que no han tenido de igual presencia a hombres como a mujeres. El elemento que se manifiesta como una constante es la clandestinidad de estas prácticas, innombrables, condenadas a la abyección se articulan en un campo simbólico donde difícilmente puedan configurarse en términos de una positividad identitaria.

En torno al XIX, a la par de la independencia pactada bajo la forma de un imperio y de la república oligárquica, Brasil acogerá la influencia del positivismo. En materia de derecho esto se tradujo en que muchos “delitos” o “pecados” que regulaban los comportamientos sexuales, tal es el caso de la sodomía, fueran despenalizados aun cuando desde hacia tiempo habían dejado de ser motivo de persecución en tiempos coloniales. En este marco según el autor es posible rastrear algunos casos de eróticas disidentes que desde su punto de vista pueden categorizarse en términos de “homoafecciones”, en tanto relaciones amorosas entre dos personas del mismo género sin contactos genitales propiamente dichos, siendo el famoso caso de la emperatriz Leopoldina y María Graham significativos al respecto. Por otro lado, ya entrada la segunda mitad del XIX, algunos patrones de consumo como la moda, persiguiendo fines de distinción social y el realce de una figura pública, devienen en una transgresión genérica, tal es el caso del dandismo generalmente percibido en términos de afeminamientos. Aunque altamente discutible, en un contexto de formación de una posible esfera pública, Figari argumenta siguiendo los planteos de J. Habermas que

este tipo de experiencias ha de ser percibidas como categorías de sentidos introducidas en el campo discursivo público que fluctúa entre diversas variables y sin asentarse en prácticas claramente definidas.

Es, efectivamente, en la segunda mitad del XIX, en donde los dispositivos de producción, control y circulación de discursos ya no estaban completamente monopolizados por la Iglesia. Más bien, las escrituras sobre el cuerpo, los deseos, las formas de volverlos inteligibles y explicables radicaban en las formaciones discursivas provenientes de las ciencias, en especial el discurso médico, demográfico, económico y jurídico. Esta suerte de racionalización estaba sesgada a producir “la verdad” de una concatenación teleológica a menudo refugiada en el crepúsculo de la naturaleza, a saber, el sistema sexo/género, según el cual a cada cuerpo sexuado le corresponde un género y en consecuencia un deseo (heterosexual). Sin dudas, como este cientista social intenta constatar, ello no puede desentenderse de una fase intensiva en materia de inserción al capitalismo dependiente en donde la lenta optimización de la mano de obra libre acarrea una moralización, necesitando “atar” sexo con reproducción bajo la forma del parentesco en torno a la familia nuclear. Es importante remarcar que Figari piensa la patologización del deseo en función de los diferentes avatares que al interior del campo científico se entablaron en torno a la ontologización del homosexual que derivó en una auténtica escritura morfológica de su cuerpo, siendo las estadísticas antropométricas ejemplares al respecto. Tal como sostiene, estas formaciones discursivas trazaran las formas psíquicas y somáticas de la inversión masculina y femenina

recayendo sobre estos sujetos el estigma de la degeneración y la enfermedad.

A través de los circuitos editoriales, Figari intenta demostrar, por una parte, cómo estos discursos impregnaron las representaciones tanto de las elites dominantes como de los sectores subalternos aunque con semióticas diversas y, por otra, el hecho de que no puedan dejar de pensarse en términos de una interseccionalidad de clase y raza. No es casual que las prácticas subyacentes al dandismo no hayan recibido la misma condena y vigilancia que las que si han tenido lugar hacia los sectores subalternos.

Atravesando la fluctuación de sentidos que caracterizan estas formaciones discursivas en torno a lo erótico-disidente una continuidad se mantiene latente y vigente en las prácticas que hacen de ciertos agentes verdaderos protagonistas de este estudio: la clandestinidad. Pese a ello, valiéndose de biografías y actas policiales, el autor intenta identificar los espacios y los códigos ocultos mediante los cuales se intentaba buscar estas relaciones. Y en este marco no puede desconocerse la importancia que han tenido a las casas de *show*, el prostíbulo y los carnavales como espacios mediante los cuales las travestis podían ejercer su estética de la feminidad. Fuera de estos espacios pensados en términos de parodia o clandestinidad solo les quedaba un lugar: la cárcel.

Lo central a lo largo de los capítulos que abordan este período radican precisamente en entrever cómo las intervenciones políticas en la intimidad revisten un cariz mucho más fuerte en torno a la República, aunque la intervención social, urbanística y sanitaria en el cambio de siglo, durante la gestión republicana se profundizará con el varguismo y en especial

el Estado Novo. Pese a estos avatares, ciertos patrones referentes al masculino/activo continúan vigentes pero ahora interpelados desde el discurso científico y literario, teniendo como centro al hombre blanco heterosexual cuyas disposiciones naturales lo vuelven actor natural(izado) de la esfera pública y política, siendo funcional –pocas dudas caben– a un principio ordenador de lo social.

Entre las décadas de 1950 y 1970 los sentidos vinculados al homoerotismo se diversificaron, puesto que el discurso medicolegal continuó siendo reproducido pero interpelado, en parte, desde la literatura naturalista, la prensa escrita, la educación familiar. Son años que continúan atravesados por la clandestinidad de las prácticas, a menudo confinadas al ámbito privado, y en donde las intervenciones policiales y sus “chantajes” eran posibles en tanto continuaban empleando el antiguo artilugio en torno a la “vagancia” u “atentado al pudor”. La tolerancia tenía lugar, en parte, en tanto la norma fuera no exteriorizar la diferencia, es decir, mientras se respetaran estrictamente los patrones estéticos de género. Hay una intensa preocupación en Figari por demostrar la existencia de un espacio público configurado como heteronormativo en donde lo válido era la constante reiteración y afirmación del machismo: “el desviado debía ser apedreado, tirado del tren, perseguido, golpeado (...) La solución no era la tolerancia, era la violencia, la reprimenda. Tampoco era el exterminio: era el castigo correctivo y ejemplar, por un lado y, por otro, el ritual reparador de las masculinidad herida y restaurada” (p. 167) Son estas mismas décadas donde en áreas como Río de Janeiro se aprecian circuitos de prensa alternativa, con temática afín, en donde

también puede apreciarse la construcción de la identidad homosexual en términos de *bichas* y *bofes* (pasivos y activos) siendo otra de las categorías a través de las cuales se representaban la de *entendidos*, mucho más fluctuante en los sectores medios urbanos.

Con mayor ímpetu, los años '60-'70 serán cruciales en la resemantización de las eróticas disidentes, puesto que en un contexto de efervescencia social, los ecos de los disturbios de Stonewall en Nueva York y del Frente de liberación homosexual de Buenos Aires, tendrán su lugar. Serán los grupos *Somos* en San Pablo, el jornal *Lampiao* y el grupo *somos-Aué* de Río de Janeiro quienes plantearan una discusión pública en torno a la homosexualidad al “(re) conocerse” como homosexuales producto de un auténtico proceso de reflexividad. Según intenta demostrar Figari, este accionar es clave puesto que va perfilando especificidades en torno a una formación discursiva en sutura, en donde se da origen a una identidad colectiva fundada en acciones y representaciones alternativas. Posiblemente el debate más contundente, que llega hasta nuestros días, radique en la gran discusión acerca de si hay una esencia homosexual trans-histórica o no (más que tiene la ciencia y la religión para decir sobre ello) y acerca de qué lugar debería ocupar esta identidad definida por sus prácticas sexuales en el conjunto de diferentes procesos de transformaciones radicales de la sociedad propias de los '70.

Las últimas décadas del XX revelan un Brasil con experiencias complejas caracterizadas según el autor por “nuevas formas de venir a ser”. Y es que en un contexto *glocalizado*, nuevos circuitos de producción cultural se traducirán en la reafirmación de ciertas tribus

homoeróticas. En este marco, se destacan las *barbies*, caracterizadas por su exceso metrosexual, los “osos” y los S/M (somasoquistas). Estas diversas experiencias y reapropiaciones de códigos masculinos y femeninos, tal como intenta demostrar el historiador, están revelando que los géneros y el sexo biologizado son absolutamente construidos y, por lo tanto, susceptibles de ser reapropiados. Son tiempos en que la identidad homosexual se orienta hacia la persecución de derechos, se trata del “gay ciudadano”, el que quiere demostrar su normalidad, quien lucha por integrarse en tanto sujeto de derecho, pensando el reconocimiento desde las posibilidades de igualdad normativa. Vale rescatar que esta no era la única politización en torno a la homosexualidad, grupos como *Astral* por su parte en un rechazo al sistema plantearon la renuncia a la ciudadanía. Por sobre todo, en gran medida la clandestinidad secular comienza a disiparse, puesto que a lo que estamos asistiendo es a una irrupción en el espacio público.

Dedicando frondosos párrafos al análisis de estas diversas identidades que se han mencionado, entre tantas, el autor intenta demostrar cómo y de qué manera subyace en estas experiencias la posibilidad de creación, el valor de una puesta en escena mejor dicho. Sus últimas páginas intentarán ofrecer un marco teórico pensable para una sociología de los cuerpos en Latinoamérica. Partiendo de algunos planteos provenientes de la semiótica, Figari recuerda que las formaciones discursivas determinan en gran medida lo que puede y no puede ser dicho, puesto que suponen un momento de sutura. Este marco, que podemos entender en términos de una estabilización de sentidos, produce la estructuración de los sujetos, a los que prefiere pensar en términos de sistemas,

que se particularizan desde la interrelación en múltiples campos temáticos que incluyen formaciones discursivas subalternas, expulsadas a lo abyecto. De allí que proponga asimismo categorizar las diversas modalidades de interpelación a lo femenino y lo masculino (reflexividad estética) de valores, sentimientos y estrategias (reflexividad hermenéutica) y de ciertas trayectorias físicas (reflexividad corporal). Este esquema simbólico, que estamos aquí sintetizado, es crucial puesto que revela la posibilidad de plantear una transgresión o resistencia significativa de acuerdo a diferentes modalidades de sutura, las “erótica de la disidencia” precisamente serían una constatación histórica de dichos intentos.

En aras de una síntesis y de una interrelación, pasando revista por más de cuatrocientos años de historia, Figari nos acerca al estudio de diversas experimentaciones para con el género y la sexualidad que a menudo se hallan tremendamente ocultas, silenciadas e invisibilizadas en diversos espacios, de los que las escuelas y universidades no están absolutamente excluidos. Si la seguridad ontológica en torno al género es algo que sólo tiene lugar en tanto es reproducida y garantizada por los sujetos mediante sus prácticas, ¿qué lugar podría tener la enseñanza de la historia frente a este —muy poco problematizado— dilema? Una posible respuesta radicaría en precisar la relevancia, o no, de la enseñanza de una historia de la sexualización de los cuerpos. Después de todo, el estudio de Figari no deja de invitar a interrogar a más de un docente hasta qué punto, a través de su enseñanza, no contribuye a naturalizar el sistema sexo/género. Y es que los siglos que aborda ponen de relieve la imposibilidad histórica de sostener que la historia, en tanto *lo real* acon-

tecido, ha sido siempre la historia de varones y mujeres, más sugiere también la necesidad metodológica de historizar los propios conceptos a través de los cuales construimos un relato histórico.¹ Si un posible potencial crítico del relato historiográfico radica precisamente en su capacidad de desnaturalizar –mediante la historicidad– un mundo que se nos presenta como autoevidente, entonces “Eróticas de la disidencia en América Latina”

abre un abanico de posibilidades y constataciones para dinamitar los parámetros de inteligibilidad binaria heterosexistas. Se trata en efecto, de pensar desde las Ciencias Sociales (y sus espacios de transmisión de saberes) la posibilidad de contribuir a la disputa por la hegemonía de los sentidos asumiendo la imposibilidad de representar lo real desde un punto de vista arquimédico.

Notas

¹ Resulta difícil creer que aún hoy se sostenga la idea de que la homosexualidad siempre ha existido, como si un estudio de esta, esencialista por sí mismo, contuviera por un lado; un sujeto previo a la espera de ser representado y, por otro, el desconocimiento de que se trata de una categoría jurídico-patológica inventada a fines del siglo XIX.